

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS
MAESTRIA EN PERIODISMO

TRABAJO DE GRADO
HISTORIA DEL NIÑO QUE HIZO FAMOSO A UN PUEBLO

AUTOR:
INDALECIO CASTELLANOS LÓPEZ

DIRECTOR:
JAIRO TARAZONA

2018

HISTORIA DEL NIÑO QUE HIZO FAMOSO A UN PUEBLO

La historia de un pueblo boyacense que por un día abandonó sus actividades cotidianas para organizar una gran fiesta con la que se recibió al ciclista que más vueltas a Colombia ha ganado.

Por Indalecio Castellanos

Ese mediodía del 17 de mayo de 1970 ocurrió algo impensado después del repique de campanas y la cohetada, pues apareció un campeón de ciclismo en lugar de la imagen de la Virgen de Santa Lucía que siempre preside las únicas celebraciones que se realizan en Cucaita, un pueblo boyacense ubicado a 18 kilómetros al occidente de Tunja.

Desde la época de la colonia lo único que permite salir de la rutina a estos pueblos de Boyacá son las celebraciones para rendir tributo a las figuras religiosas erigidas como sus patronas y esta vez el personaje central no iba en andas, sino en una bicicleta.

La tradición se rompería para siempre cuando el pueblo con una pasión inusitada organizó un evento especial para recibir al portento de ciclista que al principio del año había ganado la Vuelta a la Juventud y dos meses después la Vuelta a Colombia, en una demostración de poderío que aún hoy no ha sido igualado.

Ese año Martín Emilio “Cochise” Rodríguez rompió el récord mundial de la hora en el velódromo de Ciudad de México, Brasil se coronó como tricampeón mundial tras derrotar 4 goles por cero a Italia y Misael Pastrana fue elegido como presidente de Colombia en medio graves denuncias de fraude hechas por el candidato perdedor Gustavo Rojas Pinilla, pero para los cucaitenses el hecho más importante fue el regreso como héroe de Rafael Antonio Niño.

Aquí no pasa nada

En 1970 Cucaita era un pequeño poblado de casas blancas y calles simétricamente recortadas, ubicado sobre un valle cercado de colinas áridas quemadas por el sol.

Para entonces podría decirse que no pasaba nada y la mala iluminación en la mayoría de los sectores insinuaba que algunas de sus calles no existían. No es que ese carácter haya cambiado mucho, pero para entonces se caminaba como evadiendo la realidad pues la noche parecía borrar las calles, las paredes, las casas y la gente.

En esa Cucaita irreal ~~de~~ después de las diez de la noche sólo se percibían ruidos sutiles y se diría que más bien imaginados, sólo se sentía el ladrido de los perros, el rebuzno de un asno aburrido, el goteo incesante del agua sobre algún campo de cebolla o las notas inventadas por los músicos del pueblo que tocan la guitarra para distraerse del aburrimiento.

Desde tiempos inmemoriales, en ese momento y ahora, aquí se busca la cama temprano a menos que haya la oportunidad de tomarse una cerveza en el club, ubicado en una vieja edificación de dos pisos al frente en la iglesia principal o en cualquiera de las 25 tiendas que se pelean los clientes en el pueblo.

Eran tiempos en los que la mayoría de los contertulios se sentaban tranquilamente en los establecimientos ubicados en parque principal, para entonces bordeado de pinos y de acacias.

Cada noche se inventaba una extraña procesión de bicicletas y se competía alrededor de la plaza o hasta el denominado Alto Redondo, en la vía que comunica a esta localidad con la capital boyacense.

Desde que Rafael Antonio Niño empezó a ser mencionado tan insistentemente en la radio y los comentaristas deportivos lo bautizaron como el Niño de Cucaita, los habitantes de esta localidad despertaron un inusitado interés por la práctica de este deporte.

Los gritos de los esforzados aficionados de ruana y sombrero se mezclaban con las conversaciones que salían de las tiendas y que generalmente giraban alrededor de los temores por la falta de agua y los bajos precios de la papa y la cebada.

Otros con su acostumbrada parquedad se recargaban contra el mostrador esperando que alguien pidiera la siguiente tanda, porque como se dice de manera coloquial, “ofrecer una cerveza es como la muerte: a todos les toca”.

Hoy todavía esas voces al amparo de la noche son muy poco en medio del silencio y la paz mortecina que cubre las cien casas de este pueblo y son una especie de plenitud de infinito mientras terminan las actividades cotidianas y se espera un nuevo día.

Como en los viejos parrandos

Esa mañana el pueblo estaba listo para uno de los acontecimientos más importantes de su centenaria historia, aunque el movimiento incesante de invitados insinuara las viejas celebraciones religiosas.

En el pasado los caminos de Cucaita se llenaban de peregrinos que venían en romería para rendir tributo de fe y gratitud a la patrona Santa Lucía y en las casas habilitadas

como posadas, gentes provenientes de distintos lugares del país descansaban sobre las enjalmas de las mulas y apuraban totumas de guarapo.

En algunos casos las familias venían mucho antes del 12 de diciembre para la celebración de la “santa de los ojos más lindos y milagrosos” aprovisionadas de amasijos, arepas, quesos, papas, gallinas y carne que cargaban a lomo de mula.

Venían acompañadas de la servidumbre de la cocina y de los acompañantes que se prestaban para llevar a las espaldas las cunas de los niños con tal de no perderse las fiestas.

Por el camino, al son de las notas de tiple y guitarra, los peregrinos venidos de Vélez, Puente Nacional y Ráquira cantaban coplas cargadas de ingenio y sentimiento popular.

“A fiestas fue que vinimos

a gastar y a parrandiar

y a gozar en esta vida

pues en la otra no hay lugar”.

La romería se ha hecho por devoción a la virgen y es una demostración colectiva en la que los promeseros presentan sus votos en espera que la patrona otorgue “la gracia”.

La tradición de esta fiesta se mantiene todavía con procesiones con la imagen de Santa Lucía adornada de brillantes y acompañada por la banda de música, la pólvora, el repique de campanas y las corridas de toros, que antiguamente se realizaban en el marco de la plaza principal, en las que los habitantes estrenaban sus sombreros de jipijapa o de quinientas vueltas, los pañolones de cachimira y las alpargatas de fique.

Luego de asistir a la misa campal, los promeseros compraban los tiestos de barro, las máscaras y las cazuelas que los loceros de Ráquira traían a sus espaldas en grandes bultos que aseguraban con pretales a la frente y al pecho, tomaban chicha y “levantaban amoríos bonitos y de potrero” que hacían inventar coplas como esta:

“Una vez en unas fiestas

Me decía una promesera,

Pasito porque me matan

Las arrugas de la estera”.

El carácter ancestral de estas fiestas se fue perdiendo luego que en 1961 se terminó la carretera que comunica a Tunja con Villa de Leiva y entonces los peregrinos regresaban el mismo día.

La infancia del campeón

Rafael Antonio nació en Cucaita el 11 de diciembre de 1949 siendo sus padres Marcos Niño y María de Jesús Munévar y 9 años después fue bautizado en una ceremonia presidida por el sacerdote Eduardo Pinto en la iglesia local.

El poblado estaba para entonces aislado de la capital y para hacer mercado o buscar atención médica en Tunja tocaba emprender un largo camino por Samacá y el Puente de Boyacá.

No había puesto de salud y esta circunstancia hizo que sus tres primeros hermanos fallecieran en un lapso de tres meses afectados por un brote de tos ferina. Le sobreviven Martha, Marco, Doris Ana, Faustino y Mariela, mientras en el año de 2003 falleció Eliécer.

Su hermano Faustino se hizo ciclista también y lo acompañó como gregario en varios equipos profesionales como Singer, Banco Cafetero y Lotería de Boyacá, entre otros.

Rafael Antonio vivió su niñez primero en la casa paterna ubicada en la vereda El Llano y luego en una vivienda construida en el sector de Barranco Seco, muy cerca del casco urbano, en donde la familia se dedicaba a las actividades agrícolas.

Como no había escenarios deportivos ni posibilidades de recreación, los chicos de la época se dedicaban a cazar pájaros, corretear por los barrancos del lugar y bañarse en los reservorios de agua.

Uno de sus amigos de infancia es Isidro Alba Otálora, quien cuenta que alguna vez un grupo de muchachos se citó para bañarse en un pozo de agua que había construido don Julio Niño para regar los cultivos y ese día el joven estuvo a punto de ahogarse.

“Casi nos quedamos sin campeón porque Rafael Antonio se fue al fondo y no podía salir. Entonces tocó hacer una cadena humana para rescatarlo del agua” cuenta Isidro, quien tiempo después se casó con la hermana menor de Rafael Antonio.

Al final de la década de los 50 Cucaita afrontaba una crisis económica producida por la quiebra de los cultivadores de trigo y cebada, puesto que los molinos y las empresas cerveceras empezaron a comprar a precios más bajos el cereal producido en los Estados Unidos.

El campo estaba prácticamente arruinado y entonces agobiado por la falta de oportunidades en el pueblo, Rafael Antonio decidió radicarse en Bogotá en el año de 1963, cuando apenas tenía 14 años.

La actuación de Rafael Antonio Niño

Luego de dos años de duros entrenamientos y de participaciones en pruebas regionales en Cundinamarca y algunas nacionales, Rafael Antonio Niño logró en el año de 1970 la más formidable actuación que ningún ciclista ha igualado en el país, al ganar sobradamente la Vuelta a la Juventud y luego la Vuelta a Colombia.

“En Cucaita nunca fui ciclista porque estaba muy niño”, recordó el campeón en una entrevista concedida al periodista Héctor Urrego, aunque el historiador Jerónimo Otálora describe en su libro “El Niño de Cucaita” que José del Carmen Larrota, conocido como Cheché, le alquilaba por 20 centavos una bicicleta de turismo para que diera vueltas por la plaza principal y su hermana Mariela recuerda que luego su padre le regaló una.

Niño dice que a los **15** años, mientras vivía con sus hermanas en Bogotá, empezó como aficionado a montar en bicicleta y a dar paseos los domingos, hasta que terminó corriendo circuitos que se organizaban en barrios como Kennedy, La Estrada y Las Ferias, entre otros.

Mientras era mensajero en las droguerías Electra y Ultramar empezó a entrenar y a correr en la categoría de turismeros y se ilusionaba con el ciclismo hasta que se inscribió en el Club Ciclo Ases y corrió una primera carrera en la que ocupó el duodécimo lugar.

Recuerda que tras ganar la Vuelta a la juventud, su actuación en el Clásico Rcn fue tan decepcionante al ocupar el puesto 25, que lo sacaron de equipo Relojes Pierce y le tocó volver al equipo de Cundinamarca, con el que ganó la Vuelta a Colombia.

“Yo soy de Boyacá, pero la barriguita es muy cundinamarquesa”, dice Niño entre risas, al referirse a los patrocinios.

Niño se hizo al triunfo en la última etapa de la vigésima vuelta a Colombia corrida entre La Dorada y Bogotá y selló una actuación perfecta ganando la clasificación general, mejor novato, mejor escalador, primero en la clasificación por equipos y tan solo se le escapó la clasificación en las metas volantes.

En la que es considerada la etapa de su vida, el joven Niño logró desprenderse del lote para descontar en el ascenso de Villeta a La Tribuna la ventaja que le tenía el entonces líder, Gustavo Rincón y tomarle más de once minutos al encopetado ciclista Miguel Samacá, conocido como “El coraje”.

La clasificación general mostraría al final una ventaja de Niño de 1 minuto y 24 segundos sobre Rincón, quien obtuvo el segundo lugar y de 16 minutos y 20 segundos sobre Samacá, quien finalmente fue tercero.

Un hecho un poco desconocido de la victoria de Niño, es que ese año no se respetó ese pacto tácito que se establece para no atacar en la última etapa y permitir lo que se conoce como el paseo de la victoria.

Ya en el año de 1961 Rubén Darío Gómez, conocido como “El tigrillo”, había aprovechado en la última etapa los problemas de salud que afrontaba el nariñense Parménides Guerrero luego de chocarse de frente con un vehículo estacionado cerca de la meta, para hacerse del primer lugar.

También en 1965 Javier “El ñato” Suárez le arrebató el primer lugar al entonces invencible Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, luego de lanzar en la última etapa un frenético ataque en compañía de varios ciclistas españoles y llegar victorioso al estadio Nemesio Camacho El Campín de Bogotá.

La victoria de Niño marcó un hito histórico en los enfrentamientos entre los ciclistas de Cundinamarca y Boyacá, que empezaban a arrebatarle la hegemonía que habían mantenido por años los antioqueños.

Después de quitarle el liderato al integrante de su equipo Francisco “Kiko” Triana en la etapa entre Medellín y Anserma, sus propios compañeros lo atacaron luego en el descenso del Alto de Letras y Gustavo “El Ferreterito” Rincón asumió el liderato de la competencia.

“Niño no se quedó con la espina en el ojo, en la siguiente y última etapa entre Honda y Bogotá, sin poder confiar en sus compañeros se alió como lo hicieron otros en el pasado con los corredores españoles y se lanzó en un ataque frontal contra su líder y jefe de equipo que le proporcionó su primera victoria en una Vuelta a Colombia”, relataría después Albamo¹ en un blog titulado “El amargo paseo de la victoria”.

Coincidiendo con las Bodas de Plata de la vuelta, Niño arribó a un abarrotado estadio El Campín y recuerda que las ruedas de su bicicleta patinaban en la arenilla de la pista de atletismo.

Esperaban la caravana personalidades como el ministro de Comunicaciones, Antonio Díaz, el gobernador de Cundinamarca, Joaquín Piñeros Corpas y el alcalde de Bogotá, Emilio Urrea Delgado, quien le entregó las llaves de la ciudad y un decreto de honores exaltando su actuación.

Rafael Antonio ganaría después la Vuelta a Colombia en los años 73, 75, 77, 78 y 80 derrotando a grandes del momento como Miguel Samacá, José Patrocinio Jiménez y Alfonso Flórez, justo antes que iniciara la época gloriosa de Lucho Herrera y Fabio Parra, que dominaron las pruebas locales y tuvieron actuaciones memorables en el Tour de Francia y en la Vuelta a España.

De su experiencia como gregario en Europa cuenta que los europeos veían a los colombianos como bichos raros, ya que a Cochise Rodríguez lo llamaban “indio grande” y a él “indio pequeño”.

Las dificultades de sus inicios, los duros trabajos en una ciudad muchas veces hostil, las levantadas en la madrugada para entrenar con su vieja bicicleta de turismo y su indiscutible talento fueron insumo para construir un verdadero portento del ciclismo colombiano.

La costumbre de recibir a los campeones

Por la fuerza que el ciclismo tomó en casi todas las regiones del país hasta constituirse prácticamente en deporte nacional, los homenajes de recibimiento a los ciclistas se convirtieron en un ritual obligatorio en nuestros pueblos.

Esa práctica comenzó en el año de 1951 cuando Efraín Forero, conocido como “El indomable Zipa”, fue recibido por su gente con todos los honores.

Tres días después de haber terminado en el sur de Bogotá la primera vuelta Colombia, se declaró Día Cívico y como describía entonces el periódico El Tiempo, “lujosas comitivas de damas y caballeros” lo acompañaron de regreso a Zipaquirá.

De la caravana hacían parte las candidatas al reinado del leonismo Mimi Alvarado y Gladys Nieto y delegaciones de Pacho, Tabio, Chía, Cajicá, Nemocón y Tocancipá.

Lo del Zipa fue apoteósico porque una escuadrilla de avionetas lo acompañó desde Bogotá, más de 300 vehículos hicieron parte de la caravana de la victoria, desde las ventanas de las casas le arrojaban flores al paso del vehículo que le transportaba y en la plaza de Los Comuneros lo esperaron más de 10 mil personas.

La banda del municipio interpretaba el himno nacional que fue entonado por los asistentes, tras lo cual fue ofrecida una copa de champaña en los salones del Concejo Municipal.

La música sonaba en medio de una intensa cohetada, mientras la gente disfrutaba de la ternera a la llanera que habían preparado en honor del campeón.

La fiesta de celebración se extendió por varios días y en la euforia del momento se organizaron rifas, bazares y reuniones bailables con el propósito de recaudar fondos para comprarle una casa que nunca le entregaron.

Una emotiva reseña

Para ese entonces el único cucaitense famoso a nivel nacional era el periodista Héctor Muñoz Bustamante, vinculado con el periódico El Espectador y un enamorado de su tierra.

Las personalidades locales eran el expresidente del Tribunal de Tunja Miguel de J Niño y el entonces notario de Tunja y luego gobernador encargado de Boyacá, Rafael Forero Castellanos.

Dos médicos, cinco sacerdotes, dos pedagogos, militares e ingenieros, figuraban para entonces como algunos de los orgullos locales, aunque Muñoz Bustamante se destacaba como un reconocido periodista nacional y coincidiendo con la victoria de Niño, escribió una emotiva nota destacando el carácter de lo auténticamente boyacense.

Muñoz inició su ejercicio profesional en el periódico El Correo de Medellín y vinculado con El Espectador escribió piezas de corte histórico como Bolívar en Anécdotas y el Diario de la Independencia, que le valieron reconocimientos como el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Al día siguiente de terminada la vuelta, Muñoz escribió en el diario nacional que un campesino de Cucaita opacó a los consagrados pedalistas del país y destacó que el pueblo, “salió de un jalonazo -como de un vigoroso pedalo- del anonimato injusto”.

Comparó la fortaleza y decisión de los boyacenses con la de los hombres que combatieron en el Puente de Boyacá y como Carlos Castro Saavedra, dijo que la victoria de Niño fue “sol de lluvia y de raíces que vencen la muerte”.

Con emoción describía el entorno de su pueblo, de sus casas solariegas y encaladas, hablaba de la falta de agua, de la “sinfonía de las mirlas”, la ropa que se orea en los cercados y de la chicha preparada por Fulgencia, Mercedes y Natividad.

Hacía memoria de viejos socarrones como José Antonio Otálora o Víctor Daza que lanzaban al aire coplas picarescas como ésta:

“Por el ruedo de las enaguas

Te vide correr un piojo

Y si te lo vuelvo a ver

Te las alzo y te lo cojo”.

Su artículo terminaba con una frase inspiradora que hablaba de la emoción del momento: “Cucaita nunca falla, con un Niño de esta talla”.

Preparación de la fiesta

La mañana de ese lunes 11 de mayo de 1970 Cucaita estaba en los titulares de los principales periódicos nacionales por cuenta de la victoria de Rafael Antonio Niño y sus paisanos afanados empezaban la organización de la gran celebración.

El profesor y escritor cucaicense Jerónimo Otálora recordaría que los medios nacionales publicaron titulares como “Niño prodigio del ciclismo”, “Niño novato de oro”, “Niño se convirtió en gigante”, “Niño doble líder”, “Niño, hombre de pocas palabras” y “Niño, relevo de generaciones”.

Mike Forero Nougues tituló en El Espectador “Doble pañal para Niño”, al referirse a su condición de campeón de la general y de la clasificación de novatos.

Después de la emoción desbordada con la que los cucaenses siguieron la vuelta a través de la radio, era tiempo de expresar su admiración al nuevo fenómeno del ciclismo nacional nacido en ese pueblo en el año de 1952.

El mismo día que terminó la competencia el padre Juan Crisóstomo Miguez envió un telegrama a nombre de las autoridades locales diciéndole: “Enormemente complacidos y orgullosos saludamos con gran alegría nuestro campeón e invitámoslo venir a celebrar sus triunfos en esta patria chica”.

“Señor cura párroco, ciudadanía de Cucaita. Agradézcoles sinceras felicitaciones enorgulléceme triunfo dedícoselo todo corazón. Rafael”, contestó el campeón en un telegrama del 13 de mayo.

Jerónimo Gil recuerda que todos se pusieron manos a la obra para organizar la recepción. “Gonzalo Quintero, Héctor Ramírez y Mateo Sierra se encargaron de conseguir los toros bravos para la corrida; Gilmo Castellanos y Mateo Gil se encargaron de recolectar la plata para la pólvora; Teresita López de Castellanos y las demás damas se encargaron del protocolo para las autoridades e invitados y de ordenar el menú”.

El 16 de mayo una entusiasta caravana encabezada por el entonces alcalde de Tunja, Hugo Arias Castellanos recibió en el Puente de Boyacá a Niño y lo acompañó hasta la capital boyacense, donde después de múltiples actividades se acordó que al día siguiente se recibiría a Rafael Antonio en Cucaita, para entonces un corregimiento de la capital.

Calle de honor

Los niños de la escuela San Felipe se instalaron muy temprano en el sector del Alto Redondo, en la vía que comunica a Tunja con Villa de Leiva para hacer una calle de honor.

Como una evocación de los juegos infantiles, que seguramente practicó de niño el campeón, los estudiantes llevaban pequeños aros sacados de las llantas viejas que hacían rodar con la ayuda de un palo.

Cucaita ha librado una dura pelea contra la sequía y en la memoria colectiva está que uno de los pocos días al año en que llovía era el Viernes Santo, cuando la gente aprovechaba para ver la quebrada repleta de aguas turbulentas.

No era Viernes Santos, pero los niños estuvieron sometidos a una lluvia incesante que mojaba sus uniformes escolares y que por momento amenazaba la realización del evento.

En la vía se formó un gran atoro y la agitación era comparable con la que se había registrado un mes atrás cuando una ruidosa caravana acompañó al general Gustavo Rojas Pinilla al cierre de su campaña en Villa de Leiva, durante las elecciones que perdió con Misael Pastrana Borrero en medio de denuncias de fraude.

Como en los viejos rituales religiosos, el repicar de campanas y el sonido de la pólvora fue la señal que indicaba que la fiesta estaba por empezar justo al mediodía.

Los niños con sus aros, los aficionados provenientes de distintas regiones del país, la caravana de carros y los ciclistas se encaminaron desde el alto hasta la entrada principal dónde una multitud enardecida caminaba en medio de pancartas de agradecimiento, banderas y flores.

Como no había carro de Bomberos, ni lo hay ahora, el campeón llegó en el platón de una volqueta y la gente lo acompañó hasta la plaza en medio del barro que se había creado por cuanto se habían abierto las zanjas para iniciar la construcción del alcantarillado.

La alta estatura de Niño contrastaba con la de los habitantes del pueblo. Vestía de paño y corbata, un grueso abrigo lo cubría del frío, mientras se abría paso sonriente entre la multitud, en contravía de la imagen que proyectaba de un hombre serio y hasta hosco.

Ya en la plaza los niños hicieron un camino y ondeaban pañuelos blancos, mientras los sacerdotes Domingo Otálora y Crisóstomo Míguez caminaban a cada lado casi que abrazándolo y más adelante el profesor Baltazar Vargas pugnaba por mantener lejos a la multitud que lo quería tocar y saludar rumbo al atrio de la iglesia, en dónde esperaban las autoridades locales encabezadas por el corregidor Mardoqueo Muñoz y los invitados especiales.

Finalmente con la sobriedad que ameritaba el momento, se ubicó frente al templo doctrinero para saludar a los centenares de cucaitenses que se habían apostado en la plaza sembrada de acacias centenarias.

Niño estaba ahora en el mismo lugar que durante siglos ocuparon los curas españoles para adoctrinar en la fe católica a los habitantes del lugar.

La jornada de ese día fue especial para los niños que observaban asombrados como los adultos “echaban pólvora, gritaban, bailaban y se frotaban las manos”, recordaría el concejal Florentino Borda, quien asegura que ese día se emocionó demasiado.

“Se le hizo una gran fiesta con banda y corrida de toros. Fue una recepción muy solemne nunca antes vista en el pueblo, porque además de considerarlo un paisano era un hijo del pueblo que había alcanzado el triunfo más alto”, recuerda Florentino.

El profesor que lloró ante el campeón

Fueron muchas las muestras espontáneas de cariño para el campeón, como cuando el padre Domingo Otálora declaró santo el vientre de su mamá por haber parido semejante portento y destacó el vigor de su papá.

Sin embargo, el momento más emotivo lo protagonizó Baltazar Vargas, quien lloró mientras le pedía perdón por haberle pegado cuando era su profesor en la escuela.

Niño no fue un estudiante ejemplar y Matt Rendell en su libro “Los Reyes de las montañas” relató que “odió la escuela y se sentía ajeno y lejano de sus compañeros” e insinuaba que algún incidente de infancia pudo influir en su carácter.

Haciendo un juego de palabras con su apellido, Vargas llamó niño prodigio a Rafael Antonio y recordó sus tiempos de profesor en los primeros grados de la escuela primaria en los años 1957 y 1958.

“Si bien fui duro como maestro al dar las orientaciones a un chiquillo, se debía a las circunstancias de la época y al deber de educar ya que un maestro desempeña las funciones de los legítimos padres en lo tocante a la formación de ciudadanos útiles a la patria”, empezó diciendo el conmovido profesor.

Y su emoción fue subiendo hasta las lágrimas para recordarle al campeón que lo llamaba Fael mientras era su alumno y para ponerlo de ejemplo y pedir a los jóvenes que asistían emocionados al evento, “que no desmayen ante los obstáculo que se interpongan en los pasos de avanzada hasta alcanzar la meta de las ilusiones”.

Vargas tomó el micrófono delante de la multitud para recordar que ocho días antes, el 10 de mayo de 1970, “a las tres de la tarde como todas, consolidó el título de campeón de la Vuelta a Colombia en lucha aguerriada con los ases hasta ahora más calificados de Latinoamérica”

Se le cortaba la voz para recordar que “a esa hora en Cucaita se libertaron los corazones de cada uno de los moradores que habían sido presa de la angustia durante los catorce días que duró la competencia, pasando luego al gozo y la alegría que conmovían al más fuerte. Los llantos de júbilo prorrumpieron en las gentes sensibles,

el cantar alegre de las campanas se confundía con la detonación de los cohetes y las copas se cruzaban en brindis de contento por su Niño Campeón”, diría.

Y de nuevo recordaba que Rafael Antonio representaba el orgullo para este pueblo y que lo que sucedía en la plaza era una prueba suficiente del cariño que se tributaba al hijo ausente por años que tuvo que afrontar “amargos desengaños, duros contratiempos e innumerables sacrificios”.

“Los paisanos lo acogen con estrepitoso alborozo de alegría y entusiasmo cuando ha vuelto a pisar la tierra que lo vio nacer, dónde dio los primeros pasos, dónde balbuceo sus primeras palabras, dónde aprendió sus primeras letras, donde yacen las tumbas de sus mayores, dónde tomó la primera bicicleta para aprender a manejar la ilusión de su juventud”, decía en medio de vítores y aplausos.

Tras los votos porque siguiera conquistando más éxitos deportivos, el profesor Baltazar hizo un llamado a las autoridades nacionales para que posaran su mirada en este pueblo y le pidió a Niño que no se olvidara a su querida tierra, a la que comparaba con “una madre pobre y harapienta”.

El presidente del Sindicato de Obras Públicas de Bogotá Baudilio Gil Forero, oriundo del municipio, obsequió unas vacaciones en la sede recreativa de la entidad en Tocaima y una empresa de turismo ofreció viajes a distintos destinos del Caribe.

La canción del campeón

La costumbre de dedicar canciones a los deportistas se volvió tan colombiana desde el mismo momento en que Efraín Forero ganó la primera Vuelta a Colombia y el compositor Efraín Medina Mora le compuso una pieza instrumental que tituló el Indomable Zipa y que insinúa con un movimiento cada vez más creciente, el momento en que el campeón asciende por las montañas de país.

“La Historia de Ramón Hoyos es algo muy popular”, empieza una canción compuesta por Los Trovadores del recuerdo y que destaca las actuaciones de los ciclistas antioqueños y una compuesta por el Trío Torbellino parodia la de Pecos Bill para decir que “Ramón Hoyos el ciclista más valiente, que a Colombia en una cicla recorrió”.

Artistas populares han rendido sentidos homenajes a las actuaciones de los ciclistas colombianos hasta terminar con la canción “El orgullo de mi patria” de Carlos Vives, que los describe como “nobles guerreros y halcones montañeros que muy tempranito salen a entrenar”.

En la década de los 70 una de las canciones que más sonaba en las radios populares del país fue compuesta por Eudoro Merchán, un cantante y guitarrero nacido en Girardot e interpretada por Luis Lorenzo Peña, compositor de bambucos, torbellinos, pasillos y merengues oriundo del municipio boyacense de Santana.

En ritmo de merengue e interpretada en requinto, la canción primero daba la sensación de la largada y en medio de las frenéticas sirenas de una caravana ciclística empezaba diciendo: “Rafael Antonio Niño fue el mejor ciclista ahora, porque en su primera vuelta nos ha dejado una historia”.

Por los altoparlantes ubicados en la plaza para amplificar las palabras de bienvenida y la misa campal, sonaba monotemática con su alegre son campesino la letra de esta canción hecha homenaje. “Recorrió por muchas tierras en su caballo de acero y siempre en las competencias bregaba a ser el primero”, decía con aire triunfal.

Una voz de locutor que asemejaba la de los hombres de la radio, indicaba que “ya se acerca a la meta Rafael Antonio Niño, el “niño prodigio de Cucaita” y luego seguía su alegre tonada.

“Arriba Boyacá” grita entusiasmado Peña, mientras la canción insiste “que ahora si a los campeones les resultó su dominio, porque les quedó muy grande Rafael Antonio Niño”.

Eran tiempos en los que los campesinos pagaban unos pesos para que los complacieran con una canción en los toldos en los que se vendía la comida y la cerveza y en dónde religiosamente se instalaban las cuatro cornetas en un solo racimo, para que la voz profunda del señor López anunciara los temas y los artistas del momento.

“Una persona que oculta su nombre complace a su querida novia con la siguiente página musical”, solía anunciar con su voz de trueno el señor López, a quien todo el mundo conocía como “El patebomba”.

Ese día y después durante todas las fiestas, la canción parrandera dedicada a Rafael Antonio Niño fue la más solicitada, compitiendo con los temas del momento como La cuchilla, Te voy a olvidar, Voy a tirarme a los vicios, Dos copas, El buque de más potencia y Ojitos Verdes.

La canción sonaba por todos lados y Luis Lorenzo Peña se hizo más famoso en Cucaita que los artistas más populares del género como las hermanas Calle, Higuita y Garavito, los duetos de Evelina y Margarita, las Gaviotas, Las Palomas y Las Mirlas y los famosos Legendarios, Los Relicarios y hasta Rómulo Caicedo.

La hazaña del campeón de ciclismo hecha canción se hizo más popular que los mundos melodramáticos de historias de amores frustrados, negados, imposibles, traicionados.

Un recuerdo eterno

Han pasado 48 años desde ese instante y quedan huellas que indican que fue un momento importante para la cotidianidad de esta pequeña población.

No todos los cucaitenses tuvieron el privilegio que tuvo Héctor Muñoz de escribir en El Espectador las hazañas de Niño o de Jerónimo Gil de recrearlo en un libro, pero para la mayoría hay un recuerdo especial.

El mayor retirado del Ejército Agustín Otálora recuerda que ese día “Cucaita sintió saltar su corazón de alegría, más que el de los demás colombianos”

Neftalí Vanegas recuerda que ese fue el día más feliz de su vida por la victoria de su amigo de infancia y no duda a calificar a Niño como “un ciclista fuera de serie”.

Reconoce que el campeón es un poco distante y ese carácter hace que muchas veces no expresa entusiasmo recordando sus momentos más felices, como la fiesta ofrecida por sus paisanos.

Niño dice que recuerda con mucho cariño lo que ocurrió ese día, pero algunos intuyen que es posible que la mayor emoción del campeón esté en recordar sus actuaciones ciclísticas y no los homenajes, por cuanto no se considera una persona muy sociable.

El comentarista deportivo Héctor Urrego justificaría esa manera de ser y otros comportamientos reprochados a Niño diciendo simplemente “que los campeones son así”.

Sin embargo, para perpetuar la memoria del ciclista el 11 de diciembre del año 2010 se levantó en la misma plaza en la que fue recibido en 1970 una estatua elaborada por el artista Sixto Santamaría y en la que aparece con los brazos en alto en señal de victoria.

En una vieja edificación en la que antes funcionó uno de los salones de la escuela y luego fue sede del Concejo Municipal, ahora hay un museo que exhibe fotografías, camisetas y algunos de los trofeos que obtuvo durante su carrera deportiva.

El Concejo Municipal le concedió la más alta condecoración local que es el Collar de Oro Fray Tomás de Grijalba y en el 2008 creó mediante acuerdo la Escuela de Ciclismo que lleva su nombre.

Luego que se radicó definitivamente en Boyacá, en donde tiene actividades comerciales, ha sido entrenador de varios equipos de ciclismo profesional, promueve nuevas figuras del ciclismo y cada año, coincidiendo con las Fiestas del Divino Niño en el mes de enero, organiza una carrera de ciclomontañismo en los alrededores de la localidad.

Una de las figuras más importantes de su escuela es Carolina Munévar, quien perdió una de sus piernas en un accidente registrado en cercanías de Duitama y después con una convicción sorprendente se convirtió en la ciclista paralímpica más destacada del país.

Carolina obtuvo dos medallas en el Mundial de Ruta disputado en Notwill Suiza y se convirtió en la primera colombiana en participar en ciclismo en los Juegos Paralímpicos de Río de Janeiro, en dónde obtuvo tres diplomas.

En el 2016 obtuvo medalla de bronce en la contrareloj individual en el Campeonato Mundial de Paraciclismo disputado en Montecchiarini Italia y luego en el 2017 fue la primera colombiana en obtener medalla de oro en la contrareloj individual en el Mundial disputado en Sudáfrica.

Fue nominada como mejor deportista paralímpica de las Américas y ha recibido reconocimientos como deportista del año a nivel nacional y regional.

Luego de su actuación en Sudáfrica, Carolina fue recibida por sus paisanos en un homenaje más sencillo que el ofrecido en su momento a Rafael Antonio Niño, pero igual de emotivo.

Recientemente el Tribunal Administrativo de Boyacá avaló la decisión de las autoridades locales de bautizar el coliseo deportivo local con su nombre, pues a pesar de una prohibición expresa de adjudicar nombres de personas vivas a bienes de uso público, el ente advierte que hay una excepción siempre y cuando la solicitud sea hecha por la comunidad y se trate de una figura destacada, como es el caso de Munévar.

Todos los jóvenes de la generación de los años 70 que crecieron escuchando las actuaciones de Rafael Antonio Niño quisieron ser ciclistas y repetir sus triunfos, pero fue una mujer la que cuatro décadas después lo logró, para el beneplácito de un pueblo que sigue siendo ciclístico por excelencia.